

EL HOMBRE ES UN HOMBRE PARA EL HOMBRE

Juan Guillermo Uribe*

Resumen

El artículo busca mostrar que la agresividad y algunas manifestaciones de crueldad y violencia pertenecen a la condición pulsional de los humanos. No son contingencias históricas ni efectos ideológicos. Desde distintas posiciones filosóficas se trata de mostrar la crueldad como una desviación de lo humano. Freud la pone en el centro de lo pulsional. La idea es reconocerlo y evitar la desmentida que lo que hace es hacer que se mantenga la repetición como retron de lo reprimido

Palabras clave: Agresividad, crueldad, pulsión.

MAN IS A MAN TO MAN

Abstract

The aim of this article is to show that aggressiveness and some cruel and violent actions are part of the drive condition in human beings. They are neither historical contingencies nor ideological effects. From different philosophical points of view, cruelty is presented as a deviation of human nature. Freud places cruelty at the center of human drives. The idea is to acknowledge this and

avoid denial, which helps to keep repetition as a return of the repressed.

Key words: aggressiveness, cruelty, drive.

L'HOMME EST UN HOMME POUR L'HOMME

Résumé

Cet article cherche à montrer que l'agressivité et certaines manifestations de cruauté et de violence appartiennent à la condition pulsionnelle des êtres humains. Elles ne sont ni de contingences historiques ni d'effets idéologiques. Il s'agit de montrer, depuis plusieurs positions philosophiques, la cruauté en tant que déviation de ce qui est humain. Freud la place au centre du pulsionnel. L'idée est de le reconnaître et d'éviter ainsi de la démentir, qui ne fait que maintenir la répétition comme retour de ce qui est réprimé.

Mots-clés : Agressivité, cruauté, pulsion.

Recibido: 25/03/10 Evaluado: 05/06/10

Aprobado: 10/06/10

* Psicoanalista. Docente de la Maestría en Investigación psicoanalítica del Departamento de Psicoanálisis, Universidad de Antioquia (Colombia). Miembro de FOROS del campo lacaniano (Sede Medellín).



Consideraciones generales

Tomo la sentencia de Plauto citada en *El malestar en la cultura* (1930): "El hombre es un lobo para el hombre", "*Homo hominis lupus est*" (p.108), en la cual se transfiere la ferocidad de un animal salvaje a la relación del hombre con el hombre. Sabemos bien que la conducta de los animales en su medio natural es de supervivencia. La depredación y el ataque tienen causas territoriales, alimentarias y de reproducción de la especie entre los animales.

Comparar la *cruidad* humana con la ferocidad animal es apenas una analogía "injusta" con el animal. La tendencia a explicar lo "cruel" de los humanos como un residuo de lo animal arcaico no modificado por la hominización, no deja de ser un recurso casi siempre ideológico. Son conocidas las consecuencias de esta apreciación ideológica en relación con los conceptos de raza y civilización. Razas superiores, sexos superiores, pueblos inferiores. Ni con el descubrimiento del genoma como raíz universal de la genética desaparecieron estos prejuicios que conservan su reinado en el "entre nosotros" contra "los otros".

"El hombre es un *lobo* para el hombre" conlleva una denegación. No se puede aceptar la crueldad posible del humano porque la maldad del acto cruel, su aspecto sanguinario, es una ofensa ética contra la "elevada" condición espiritual humana... La tortura, la masacre y todas las formas violentas de atacar y destruir al semejante, aterran. Después de cada episodio bélico, cuando se logran las amnistías y perdones, se hacen votos para que el horror no se repita: "¡Nunca más!". Sin embargo, algo cruel insiste, se repite y nos aterroriza con su rostro obscuro como en una pesadilla. Se piensa, entonces, que la causa de la guerra o del acto criminal ese origina en la inequidad social o en el abuso del poder. Sin duda que estas variables inciden, pero no son suficientes para explicar que, por ejemplo, no baste con ejecutar al enemigo sino que se agregan torturas físicas o injurias morales como el desprecio, la burla, la violación pública...Y ahora la asociación entre tortura, sexualidad y fotografías para el recuerdo entre amigos y familiares de los guerreros.

¿Por qué se agrega el dolor y la humillación a la indefensa víctima? ¿Qué clases de satisfacción entra en el acto criminal, que va más allá de lo utilitario o la revancha?



Estas preguntas que son universales se las planteó Freud y también le fueron dirigidas en búsqueda de la razón de la guerra y de la crueldad humana.¹ Desde el comienzo de su trabajo clínico con la histeria (1889-1892), Freud se aparta de lo “instintivo” para postular la representación psíquica inconsciente como causa de las perturbaciones y síntomas histriónicos de la histeria. El trabajo clínico y la reflexión teórica le exigió a Freud más de diecisiete años para alcanzar a formular la *pulsión* como concepto básico imprescindible para la psicología. En *Pulsiones y sus destinos* (1915), se deslinda conceptualmente el campo de la representación psíquica del campo de lo instintivo animal. La pulsión se formula como: “[...] un concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático, como un representante psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan el alma” (p. 113).

Para Freud la articulación entre pulsión e inconsciente es la condición para explicar el comportamiento humano. La resistencia frente a la pulsión y los mecanismos de control como la represión y la defensa permitirán a Freud exponer un cuerpo teórico de apoyo para su clínica. Plantea que la pulsión busca siempre su satisfacción sin ninguna consideración por el objeto. Por lo demás, de la pulsión no sabemos directamente sino a través de su representante. El trabajo de la represión —esfuerzo de desalojo— y de la defensa es separar el afecto de la representación intolerable, llegando a la conciencia como representación aceptable desinvertida del estímulo pulsional. De esta forma el afecto queda libre, desamarrado, produciendo nuevas investiduras o intercambios con representantes representativos en el ámbito del proceso primario. La economía psíquica es el proceso relacionado con los afectos como estímulos ya sea reprimidos, desplazados o sublimados.

El recurso a la represión primaria como contención de lo pulsional en el comienzo del psiquismo, no resuelve el problema de los afectos libres de representación y erráticos a los que Freud denominó “retoños de las mociones pulsionales”². Estos *retoños* que son altamente organizados reúnen dentro de sí notas contrapuestas y están exentos de contradicción, son inconscientes y no susceptibles de llegar a ser conscientes. Estos afectos o estímulos son, según Freud, los causantes de los síntomas. En este ámbito

¹ El tema de la muerte y la crueldad aparece a lo largo de la obra de Freud, comenzando con la teoría del parricidio original —principio del sentimiento de culpa (*Totem y tabú*)—. El tema de la guerra fue motivo de reflexión para Freud tanto durante la Primera guerra mundial (1914) —pierde un hijo en ella—, como durante la segunda, en la cual sufre la persecución antisemita de los nazis. Pueden consultarse <<De guerra y muerte. Temas de actualidad>> (1915); <<La transitoriedad>> (1916); <<Carta al Dr. Frederik van Eden>> (1914); <<¿Por qué la guerra?>> (1932).

² Cfr. Sigmund Freud, *La represión*, Buenos Aires, Amorrortu, 1979, O.C., t. XIV, p. 187.



coloca Freud los impulsos crueles y su capacidad de obrar sobre la realidad exterior o volverse contra el sujeto mismo, sea contra su cuerpo o contra su sistema de pensamiento.

Este sistema pulsional le sirve a Freud para explicar, ya sea la crueldad con el objeto, ya sea la culpa por el daño infringido. Freud se debatió con sus propias ideas para lograr una teoría coherente de la angustia como afecto, pues sus presupuestos de tipo orgánico y de origen filogenético para explicar la reacción de miedo ante el desvalimiento, le llevaron a buscar otra explicación vinculada al efecto de la angustia de castración como señal anticipada de la angustia que produce la represión, y esta, generando a su vez más angustia. Pasa Freud de este modo, de una explicación evolucionista a otra metapsicológica.³ La castración como causa orientará la investigación de Freud hasta el final, pero sin separarse radicalmente de los supuestos filogenéticos. En este punto algunos lectores de Freud mantuvieron la relación a lo orgánico como base y cuando se enfrentan al fenómeno del sado-masochismo se remiten a explicaciones orgánicas.

Freud y la guerra

Es importante anotar que las principales obras metapsicológicas que configuran el corpus freudiano fueron escritas en el período de 1914 a 1916, durante la Primera guerra mundial. Según Ernest Jones, su biógrafo, la disminución de la consulta le permitió a Freud más tiempo para poner sus pensamientos por escrito: “estoy empeñado ahora en reunir, en una especie de síntesis, todo aquello que aún puedo dar a nuestra ciencia, y ya he obtenido en realidad una buena cosecha de cosas nuevas” (Jones, 1960: 193). Estos escritos contienen lo fundamental sobre su teoría del inconsciente y la pulsión. El aspecto desenfrenado de la pulsión y sus efectos devastadores en la vida del sujeto, orientarán las opiniones de Freud sobre la crueldad humana y sobre la guerra. Como todo ciudadano, Freud, afectado por la guerra, emitía sus opiniones sobre el conflicto, en las cuales se reflejan sus gustos políticos y sus ideas sobre el Estado. En este aspecto las biografías de Ernest Jones y de Peter Gay son muy ilustrativas.⁴

En los escritos sobre la guerra y su correspondencia de esa época se observa un acento muy “realista” sobre la condición humana. En carta a Lou Andreas Salomé, citada por E. Jones, Freud responde a su amiga “optimista” en relación a la hermandad humana

³ Cfr. Sigmund Freud, *Inhibición síntoma y angustia*, Buenos Aires, Amorrortu, 1979, O.C.

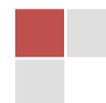
⁴ Cfr. Peter Gay, *Freud*, Barcelona, Paidós, 1988, cc. 8 y 12 sobre las dos guerras.



y le dice: “[...] Yo no dudo de que la humanidad superará incluso esta guerra (1914-1918), pero se positivamente que yo y mis contemporáneos no volveremos a ver ya un mundo gozoso. Todo es demasiado odioso. Y lo más triste de todo es que ha resultado precisamente lo que nosotros psicoanalistas, debíamos imaginar, en cuanto al hombre y su comportamiento. Nunca pude compartir, por eso, el gozoso optimismo de usted. Mi secreta conclusión era esta: puesto que podemos considerar que esta civilización actual encubre una gigantesca hipocresía, se deduce que no somos orgánicamente aptos para ella. —El ó Lo desconocido— que acecha tras el Destino, repetirá un día otro experimento semejante con otra especie” (Jones, 1960: 191). El acento de esta carta, con la cual contrasta una reflexión realista con el optimismo humanista de su discípula, es menos sombrío que el de otras cartas de la época, las que por efecto del propósito de este escrito no se examinan pero que pueden ser consultadas en E. Jones y P. Gay, anteriormente citados.

¿Qué es lo que Freud dice que ha resultado como los analistas debían imaginar sobre el hombre y su comportamiento? ¿Qué es —El ó Lo desconocido— (sic), que acecha tras el Destino y que repetirá otro experimento semejante con otra especie? Hay aquí dos asuntos diferentes: lo que los analistas saben sobre el hombre y lo que Freud designa como El ó Lo desconocido que acecha tras el Destino y que afectará a otra especie... Ese “El ó Lo” enigmático, ese Destino con mayúscula que tiene el acento de algo francamente esotérico, no parece ser en la mentalidad de Freud y en el curso de su enseñanza un ser trascendente, un dios. No es, precisamente, coherente con todo el pensamiento freudiano como lo podemos conocer hoy en toda su extensión. Examinando sus escritos de este período, podemos pensar en la *pulsión de muerte*. En su respuesta a Albert Einstein, Freud se refiere a las pulsiones como “doctrina mitológica”⁵. Es conocido que sobre el concepto de “pulsión”, Freud tuvo que defenderlo ante sus interlocutores y objetores como un concepto forjado para explicar ciertos hechos, a la manera como procede la ciencia con la producción de hipótesis. No obstante la amplitud del concepto y su oposición entre vida y destrucción, el concepto siguió conservando el acento mítico del poema de Empédocles del cual Freud había tomado la figura. En el poema —s.V A. Xto.—, el Odio —*neikós*— (discordia) y el Amor —*philia*—, se baten en lucha eterna, como dioses inmortales, generando y destruyendo. Téngase en cuenta que para Empédocles

⁵ Cfr. Sigmund Freud, *¿Por qué la guerra?*, Buenos Aires, Amorrortu, 1979, O.C., t. XXII.



los elementos de la filosofía presocrática, agua, tierra, fuego y aire eran dioses mortales... Lo inmortal y eterno es la lucha entre el Odio y la Filía.⁶

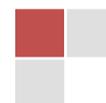
La referencia mítica y el fundamento biológico lo conserva Freud hasta el final de su obra. En *De guerra y muerte –Temas de actualidad-* (1915), Freud retoma la hipótesis del hombre primordial: "...era sin duda un ser apasionado, más cruel y maligno que otros animales. Asesinaba de buena gana y como un hecho natural" (p. 293). La investigación de Freud se dirige a la aparición del sentimiento de culpa. Los fundamentos orgánicos de la especie son retomados por una conciencia ética en la cual la angustia, la culpa y reparación organizan el ámbito ético y jurídico. No obstante, la causa determinante de este orden sigue siendo, finalmente el empuje orgánico a la destrucción. Aunque Freud introduce la angustia social, es decir, el temor al desvalimiento por perder los cuidados del Otro, esta angustia está orientada a modular y refrenar la pulsión mediante la culpa.

En el artículo ya citado, Freud imagina los sentimientos de los primeros humanos de cara al cadáver de un ser querido: "Frente al cadáver de la persona amada no solo nacieron la doctrina del alma, la creencia en la inmortalidad y una potente raíz de la humana conciencia de culpa, sino los primeros preceptos éticos. El primer mandamiento, y el más importante, de esa incipiente conciencia moral decía: <<No matarás>>. Se lo adquirió frente al muerto amado, como reacción frente a la satisfacción del odio que se escondía tras el duelo, y poco a poco se lo extendió al extraño a quien no se amaba y, por fin, también al enemigo" (p. 376)⁷. Este aspecto de la culpa frente al odio deja siempre la pregunta sobre la causa: se siente culpa porque se siente odio y se siente odio porque hay una pulsión orgánica destructiva que acecha. Este punto hizo que muchos lectores de Freud descartaran la *pulsión de muerte*, considerándola un constructo más bien fantasmático de Freud. Habrá que esperar a Lacan, quien al introducir la lógica del significante logra explicar el problema de la repetición y del superyó en función de la inadecuación entre el significante y lo real. Al seguir la enseñanza de Freud, desde *Proyecto de una psicología para neurólogos* (1895), se comienza a vislumbrar con la "experiencia primaria de satisfacción" el papel doble del prójimo, como auxiliador ante el desvalimiento inicial y como figura hostil al no cumplir con todas las demandas y exigencias del infante indefenso y de sus necesidades⁸. Esta vertiente del objeto hostil desencadena en el infante la rabia que más adelante modulará por el temor al abandono y

⁶ Cfr. Jean Bollack, *Empédocle*, Tel-Gallimard, 1969, París, t. I, Neikos (120-124), p. 156.

⁷ S. Freud, *Ibidem*, p. 376

⁸ S. Freud, O.C., t. I, pag. 376



la deprivación afectiva. Aunque esta es una operación psíquica, la pulsión como fuerza orgánica siempre está presente.

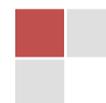
El retorno de Lacan a Freud lo lleva a reformular el problema de la “hostilidad” ya no como una fuerza instintiva de orden orgánico sino como la respuesta al desvalimiento frente al deseo del Otro. Hay varias operaciones con las cuales Lacan, al retornar al texto freudiano, logra una nueva perspectiva tanto en lo teórico como en lo clínico. Al revisar el texto freudiano en alemán, Lacan resalta el concepto *der Trieb* para separarse de la interpretación de los traductores quienes unificaron *der Instinkt* y *der Trieb* manejados por Freud y los tradujeron como *instinto*. Así lo hizo Luis Ballesteros⁹ y también algunas traducciones inglesas y francesas. Esto da pie a mantener una relación con lo animal de los humanos y su lugar en la evolución.

Lo primero que destaca Lacan es que como Freud lo advirtió en *Lo inconsciente* (1915): “Una pulsión nunca puede pasar a ser objeto de la conciencia; solo puede serlo la representación que es su representante” (p.173), por consiguiente, toda operación psíquica es una operación inscrita en el significante. De esta forma, la relación con la biología queda asumida por el lenguaje. Es en el campo del lenguaje como estructura y del habla como relación al Otro, mediando la demanda, como emergen las formaciones del inconsciente que dividen al sujeto, el que a su vez es causado en la relación de alienación/separación frente al Otro. La pulsión como concepto freudiano se mantiene, pero sufre una transformación al ser inscrita en el deseo y la demanda. En este punto Lacan reconoce con Freud que los estímulos son producidos por la necesidad, pero que las pulsiones están del lado de la relación al Otro mediante la demanda de amor.

En la enseñanza de Freud el cuerpo es un dato “natural”, un efecto de la evolución de los mamíferos sobre el cual se agrega el narcisismo, como amor propio que sirve para libidinizar todos los objetos en la vida del sujeto. Para Lacan el cuerpo es un hecho de lenguaje y, por consiguiente, en tanto imagen está a merced del Otro para su configuración como forma yoica y para alcanzar el revestimiento libidinal y sus identificaciones, las que le permitirán al sujeto existir y sostener su deseo.

Con estos lineamientos básicos, Lacan reordena el horizonte biologicista de Freud para mostrar cómo la agresividad es estructurante del psiquismo humano y cómo el acto

⁹ Biblioteca Nueva, Madrid, 1948.



violento es un forzamiento de lo simbólico por el peso de lo imaginario con las consecuencias en lo real de los cuerpos. No hay mucho espacio para desarrollar las consecuencias de esta matriz significativa y sus consecuencias sobre el cuerpo, lo que ayuda a dilucidar aspectos como el acto criminal, el paso al acto suicida y la violencia sobre los cuerpos ajenos y el propio.

En el momento actual en el que se desarrolla una estrategia organicista y medicamentosa con fin de controlar los comportamientos agresivos y violentos, es frecuente el medicamento como recurso para poner límites, ya sea a la “hiperactividad” infantil o al sadismo adulto. El fondo del debate entre la molécula y el concepto de “sujeto” sigue siendo ético. Se puede desresponsabilizar al criminal repetitivo (*serial killer*) y tomarlo como una excepción genética, o sostener la tesis, que ni siquiera es contraria al organicismo, de que aún en el caso de certeza sobre un hecho genético de esa naturaleza (cuando eso se pueda demostrar...) habrá que mantener la dimensión de responsabilidad por parte del sujeto. El hecho de su real peligrosidad social no puede servir para convertirlo en un simple inimputable, ni en un candidato a controles inhumanos como se hace a través de ciertas cirugías. El acto cruel sigue siendo una pregunta abierta sobre la condición humana y sus contextos económicos, sociales y culturales. Estas variables tampoco anulan la dimensión ética. La relación entre responsabilidad y castigo hacen parte de una característica esencial de la idea de hombre.

La universalidad del lenguaje en el mamífero humano, más que un simple hecho contingente de la evolución, constituye el ámbito simbólico en el cual se inscribe la dimensión ética de los sujetos. Los conceptos de perdón, reparación y reconciliación requieren el paso por procesos simbólicos en los cuales esté como valor absoluto la vida del semejante y su pertenencia a la comunidad humana. El significante introduce a la criatura humana en la vida, como nombre propio, y le perpetúa en la memoria de los otros. La lápida funeraria, así sea una simple marca, indica que allí no hay carroña sino un cadáver como residuo de un cuerpo ordenado por lo simbólico.¹⁰

Bibliografía

Bollack, Jean. (1969) *Empédocles*, París, Tel-Gallimard.

¹⁰ Nota: Se puede seguir el tema de este trabajo en Lacan, especialmente en los siguientes escritos: *El estadio del espejo...*(1949), *La agresividad en psicoanálisis* (1948) e *Introducción teórica a las funciones del psicoanálisis en criminología* (1950)



- Freud, Sigmund. (1979) *Pulsiones y sus destinos*, Buenos Aires, Amorrortu, O.C., t. XIV.
- , *El malestar en la cultura*. (1979). Buenos Aires, Amorrortu, O.C., t. XIV.
- , *Lo inconsciente*. (1979). Buenos Aires, Amorrortu, O.C., t.XIV.
- , *La represión*. (1979). Buenos Aires, Amorrortu, O.C., t. XIV.
- , *Inhibición síntoma y angustia* (1979). Buenos Aires, Amorrortu, O.C.
- , *¿Por qué la guerra?* (1979). Buenos Aires, Amorrortu, O.C., t. XXII.
- Gay, Peter. (1988) *Freud*, Barcelona, Paidós.
- Jones, Ernest (1960). *Vida y obra de Sigmund Freud*, Buenos Aires, Nova.

Affectio Societatis

